EVANGELIO SEGUN SAN MARCOS

CAPITULO 4

LA PARABOLA DEL SEMBRADOR (Mc.4,1-3)

1 Jesús comenzó a enseñar de nuevo a orillas del mar. Una gran multitud se reunió junto
a él, de manera que debió subir a una barca dentro del mar, y sentarse en ella. Mientras
tanto, la multitud estaba en la orilla. 2 Él les enseñaba muchas cosas por medio de
parábolas, y esto era lo que les enseñaba: 3 «¡Escuchen! El sembrador salió a sembrar.
4 Mientras sembraba, parte de la semilla cayó al borde del camino, y vinieron los pájaros
y se la comieron. 5 Otra parte cayó en terreno rocoso, donde no tenía mucha tierra, y
brotó en seguida porque la tierra era poco profunda; 6 pero cuando salió el sol, se quemó
y, por falta de raíz, se secó. 7 Otra cayó entre las espinas; estas crecieron, la sofocaron,
y no dio fruto. 8 Otros granos cayeron en buena tierra y dieron fruto: fueron creciendo
y desarrollándose, y rindieron ya el treinta, ya el sesenta, ya el ciento por uno». 9 Y
decía: «¡El que tenga oídos para oír, que oiga!».

Marcos nos cuenta acerca de una nueva etapa en la predicación de Jesús, las personas continúan siguiéndolo y nos dice que Jesús habla en parábolas, tal vez para facilitar la comprensión del oyente, pero probablemente también para estimular a la atención o para asegurarse de que la gente aprendiera a discernir, lo más seguro, también es porque todos entendieran que no estaba enseñando cosas difíciles para poner en práctica, porque la palabra de Dios no es para los eruditos sino para todos los hombres de buena voluntad. Empezando por ellos quienes lo estaban escuchando. Se refiere, de hecho, a historias de la vida en el campo, simples y asecibles para todos los presentes, por supuesto que ellos no pueden evitar cooperar con su disposición a comprender.

El campesino va al campo a sembrar con impaciencia para poder cosechar pronto los frutos de su trabajo después de tanto sufrimiento debido a la dominación romana. Jesús insiste en la siembra y aquí está la paradoja del Evangelio: "el reino está presente pero parece ser solo una esperanza futura", mientras que el reino, en Cristo es realmente presente y concreto, en el podemos tener todo lo que Dios puede darnos y de inmediato. Hay que considerar que después de 20 siglos de cristianismo, el reino sigue siendo como un terreno en el que Jesús acaba de sembrar.

Jesús habla de un reino de Dios que no es para el futuro, sino que ya está presente en El mismo presente y no espera otra cosa a que la gente se una a él. ¿Cómo puede hablarles a los hombres de algo que no se ve? ¿Y cómo puede hacer que personas que no son intelectuales puedan entender? Jesús se preocupa de sembrar y después serán los suyos los que continuarán la obra, y a tener que preocuparse de explicar claramente qué es el reino de Dios. Para esto, habla en parábolas porque ellas ayudarán a todos aquellos que tratarán de encontrar en su experiencia de vida la presencia de Dios, un Dios que opera, no un Dios ausente y lejos de los problemas de los humanos. Esto determinará en cada vida una renovación progresiva de la actitud de las personas, basada en la presencia de

Dios en el mundo y en la vida de cada uno. Es la única acción que puede abrir los ojos de los viajeros sobre los diversos aspectos de la vida misma.

Una parte de la siembra da fruto y se multiplica. Cualquiera que quiera ver más allá de sus propia nariz, no puede dejar de notar lo bueno que brota cuando el Evangelio es recibido y vivido. Podemos ver el Reino en la vida y en los ejemplos de vida de santos conocidos y desconocidos que han animado los tiempos. Gran parte del bien en el mundo nació de la práctica de la Palabra de Dios, que sin embargo necesitaba madurar en los corazones de las personas de fe y de buena voluntad.

FINALIDAD DE LAS PARABOLAS (Mc.4,10-12)

10 Cuando se quedó solo, los que estaban alrededor de él junto con los Doce, le preguntaban por el sentido de las parábolas. 11 Y Jesús les decía: «A ustedes se les ha confiado el misterio del Reino de Dios; en cambio, para los de afuera, todo es parábola, 12 a fin de que

12 miren y no vean,
12 oigan y no entiendan,
12 no sea que se conviertan
12 y alcancen el perdón».

Sería simplista explicar el significado de estas palabras de Jesús diciendo que lo que El enseñó fue para aquellos que tenían buena voluntad para comprender. Jesús les habló a todos, pero entre ellos había quienes simplemente escuchaban y aquellos que en cambio se hacían discípulos. En el mundo siempre convivirán aquellos para quienes debemos hablar en parábolas y otros que podrán penetrar en los misterios de Dios y que luego tendrán que hacerse cargo de proclamarlos.

EXPLICACION DE LA PARABOLA DEL SEMBRADOR (Mc.4,13-20)

13 Jesús les dijo: «¿No entienden esta parábola? ¿Cómo comprenderán entonces todas las demás? 14 El sembrador siembra la Palabra. 15 Los que están al borde del camino, son aquellos en quienes se siembra la Palabra; pero, apenas la escuchan, viene Satanás y se lleva la semilla sembrada en ellos.

Esta primera parábola es la clave para interpretar a todas las demás y hacer que el nuevo pueblo de Jesús sea algo completamente diferente de otros de otras religiones, en gran parte de las cuales existe solo disciplina y cohesión social.

Quizás sea una minoría en el mundo la que entiende de esta experiencia porque su verdadera riqueza habita en misterios impenetrables para la mayoría de los hombres. En primer lugar, el Reino de Dios no es un conjunto de instituciones o creencias, sino que se basa en la aceptación de la Palabra de Dios hecha hombre y su aceptación se basa en el amor mutuo e incondicional. Se expresa en el llamado intimo hecho por Dios hacia aquel que es capaz de recibir el llamado.

¿Cómo se percibe esta llamada? Los mismos apóstoles, llamados y disponibles para seguir, fueron incapaces de entender incluso las cosas más simples. En cualquier caso, debemos evitar una visión simplista de nuestra fe que oculta las profundidades de una relación personal, no entre dos simples seres humanos, que en cualquier caso pueden ser también complicados, pero entre el hombre y Dios, y el más complicado siempre es el

hombre. Dios, por otro lado, es simple, lo que complica la relación es la incapacidad humana para colaborar con él, porque el ser humano carece de la fe necesaria que le permita confiar en Su amor incondicional.

16 Igualmente, los que reciben la semilla en terreno rocoso son los que, al escuchar la Palabra, la acogen en seguida con alegría; 17 pero no tienen raíces, sino que son inconstantes y, en cuanto sobreviene la tribulación o la persecución a causa de la Palabra, inmediatamente sucumben. 18 Hay otros que reciben la semilla entre espinas: son los que han escuchado la Palabra, 19 pero las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y los demás deseos penetran en ellos y ahogan la Palabra, y esta resulta infructuosa. 20 Y los que reciben la semilla en tierra buena, son los que escuchan la Palabra, la aceptan y dan fruto al treinta, al sesenta y al ciento por uno».

La explicación detallada dada por Jesús sobre el trabajo del sembrador nos hace comprender lo difícil que es tener una buena cosecha porque depende de la bondad de la tierra en la que se siembra. Con toda probabilidad, el que evangeliza tendrá conversiones si aquel que escucha la Palabra se deja tocar, involucrar y contagiar por la fe que se le comunica. ¿Por qué Jesús insiste y detalla tanto esta operación de siembra? Porque El quiere que para los suyos este claro que si la semilla no da fruto, no será culpa del que evangeliza, sino de los que escuchan sin el interés necesario para dar fruto. Sin embargo, también deja en claro que si las semillas han encontrado tantos obstáculos, los misioneros aún tendrán que esperarse algo de cosecha.

Entonces Marcos agrega la cantidad de los frutos que pueden obtenerse de parte de aquellos que escuchan y acogen: ¡treinta, sesenta o cien granos! ¿Quién puede decir qué resultados puede dar la Palabra conocida y aceptada? ¿Cómo y cuánto puede transformar nuestra vida? ¿Cuánta fuerza puede manifestar la persona transformada por el Evangelio? Solo Dios puede medir su capacidad de entregarse a sí mismo para la salvación de aquellos que lo escuchan.

EL EJEMPLO DE LA LAMPARA (Mc.4,21-23)

21 Jesús les decía: «¿Acaso se trae una lámpara para ponerla debajo de un cajón o debajo de la cama? ¿No es más bien para colocarla sobre el candelero? 22 Porque no hay nada oculto que no deba ser revelado y nada secreto que no deba manifestarse. 23 ¡Si alguien tiene oídos para oír, que oiga!».

Las parábolas de Jesús no son piezas de literatura, son pinceladas cortas que muestran la simplicidad de la vida y más que enseñar sugieren o resaltan situaciones de la vida. Nos volverán a la mente para dar sentido a alguna experiencia en la que nos encontraremos viviendo. El Reino que Jesús ha inaugurado encaja naturalmente en aquel que nosotros vivimos.
La luz de la que nos habla, es la verdad que Jesús confía a sus discípulos que pueden manifestarla abiertamente o de manera velada o incluso oculta, pero en cualquier caso se manifestará con ellos, y también sin ellos. La verdad tiene su peso y se manifiesta por sí misma. Dios, sin embargo, hará para que llegue a los que deben recibirla, pero, por otro lado, debemos también vivirla y, por lo tanto, proclamarla para que el Evangelio que nos la trajo pueda llegar a todos.

EL EJEMPLO DE LA MEDIDA (Mc.4,24-25)

24 Y les decía: «¡Presten atención a lo que oyen! La medida con que midan se usará para ustedes, y les darán más todavía. 25 Porque al que tiene, se le dará, pero al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene».

Es obvio que Jesús está hablando con los suyos presentes y con los de todos los tiempos que vendrán, y explica que en la medida en que hayan fructificado por la revelación recibida, recibirán demás y siempre más y más conocimiento y su misión crecerá.

Aquellos que han sido llamados a evangelizar deben confiar completamente en el plan de Dios, porque ciertamente se realizará en los tiempos y en las formas establecidas por Él, y aunque no vean sus frutos al momento, es cierto que llegaran. Dios nunca hace las cosas a medias, por lo que solo deben ser pacientes y saber esperar hasta que él cuadro esté compuesto para dar el resultado que solo Él puede prever.

LA PARABOLA DEL GRANO DE MOSTAZA (Mc.4,30-32)

30 También decía: «¿Con qué podríamos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola nos servirá para representarlo? 31 Se parece a un grano de mostaza. Cuando se la siembra, es la más pequeña de todas las semillas de la tierra, 32 pero, una vez sembrada, crece y llega a ser la más grande de todas las hortalizas, y extiende tanto sus ramas que los pájaros del cielo se cobijan a su sombra».

Esta parábola sirve a Jesús para que todos puedan entender, pero también porque los discípulos pueden recibir el conocimiento de la sabiduría de Dios. Jesús sabía muy bien que lo esencial no puede entenderse si la persona no lo ha intuido y descubierto por sí misma, por esta razón, Jesús trata de abrir su espíritu a la comprensión correcta.

LA ENSEÑANZA POR MEDIO DE PARABOLAS (Mc.4,33-34)

33 Y con muchas parábolas como estas les anunciaba la Palabra, en la medida en que ellos podían comprender. 34 No les hablaba sino en parábolas, pero a sus propios discípulos, en privado, les explicaba todo.

Entonces Jesús usó parábolas porque quería que todos entendieran, entonces usaba este método simple para el beneficio de todos. Para sus discípulos, sin embargo, no ahorro tiempo porque en privado entró en detalles y ciertamente respondió con aclaraciones detalladas también a sus preguntas, su preparación era definitivamente muy importante para El.

LA TEMPESTAD CALMADA (Mc.4,25-41)

35 Al atardecer de ese mismo día, les dijo: «Crucemos a la otra orilla». 36 Ellos, dejando a la multitud, lo llevaron a la barca, así como estaba. Había otras barcas junto a la suya. 37 Entonces se desató un fuerte vendaval, y las olas entraban en la barca, que se iba llenando de agua. 38 Jesús estaba en la popa, durmiendo sobre el cabezal. 39 Lo

despertaron y le dijeron: «¡Maestro! ¿No te importa que nos ahoguemos?». Despertándose, él increpó al viento y dijo al mar: «¡Silencio! ¡Cállate!». El viento se aplacó y sobrevino una gran calma. 40 Después les dijo: «¿Por qué tienen miedo? ¿Cómo no tienen fe?». 41 Entonces quedaron atemorizados y se decían unos a otros: «¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?».

En estos versículos, Marcos nos presenta a un Jesús Señor de la naturaleza y de sus fuerzas. Obviamente, los discípulos que no estaban preparados para comprender las situaciones fuera su alcance humano, estaban asustados. Para ellos era más entendible y aceptable cuando lo veían cansado, pero verlo moverse ganando las fuerzas de la naturaleza era impensable para ellos.

Jesús, sin embargo, los llama y les pregunta dónde terminó su fe. ¿Fe en él o fe en el poder de Dios que todo lo puede? El hecho de que se preguntaron quién era aquel a quien también les obedecían las fuerzas de la naturaleza, nos hace comprender que aún no habían entendido nada acerca de él y que para entender deberán esperar la profesión de fe de Pedro, cuando todos entenderían.

En cuanto a nosotros, llegamos dos mil años después de esta profesión de fe, entonces, ¿dónde está nuestra fe? ¿Confiamos en él? Tal vez sí o tal vez no, porque si realmente confiaramos, ya habríamos puesto en práctica sus enseñanzas y habríamos hecho del Evangelio nuestra única forma de vida. En cambio, seguimos en alta mar en nuestras decisiones y no es conveniente permanecer en alta mar para nosotros que no tenemos poder para calmar los vientos y las aguas. Debemos decidirnos a confiar en El, vendarnos los ojos y dejar que Él nos lleve a un puerto seguro porque solos, solamente podemos ahogarnos.